

LA GUERRA Y EL DERECHO NATURAL

por

El Almirante PAUL AUPHAN.

La historia no es más que la reconstitución del pasado. Su ambición es elevarse desde los hechos hasta su explicación. Bajo la corteza de los acontecimientos busca la savia que los produce. En el fondo abraza toda la ventura humana y se esfuerza por taladrar su misterio y por juzgar a sus actores.

Lo que supone una escala de valores, una clave universal.

Para nosotros, los cristianos, la historia ha sido hecha por los hombres con la libertad que Dios les ha dado, y se desarrolla en un mundo complejo, hecho, al igual que el mismo hombre, de espíritu y de materia, en el que permanentemente se enfrentan la inclinación normal hacia el Bien, que ha sido depositada en el corazón de cada uno de nosotros —es la ley natural—, y la tentación del mal que reina en la tierra desde la caída de los primeros ángeles y la de nuestros primeros padres.

En este nivel, que es el de Bossuet en su *Historia Universal*, la historia ofrece el medio de comprender el presente a la luz del pasado para iluminar el porvenir.

En este cuadro y modestamente —pues tanto me impone el tema— es en el que os voy a hablar de la guerra.

Aunque me apoyaré sobre las constantes del pensamiento cristiano, no lo haré como teólogo, ni como filósofo. Cada uno tiene su oficio, y el mío, justamente, ha sido la guerra.

A diferencia de tanta gente que, en este tiempo, habla de la guerra por sentimiento, sin saber, yo he reflexionado sobre ella durante más de treinta años, la he enseñado a generaciones de oficiales y les he enseñado a hacerla sin herir los valores cristianos e, incluso, ennobleciéndolos, y he tenido que resolver los casos de conciencia que plantea en todos los escalones de la jerarquía, hasta en los más elevados. Por tanto, esta conferencia, más que una exposición didáctica del problema, será un testimonio, una especie de testamento espiritual que no impedirá —y me excuso por ello— que sea bastante austero.

No es preciso creer que nuestra época tenga el privilegio de la crueldad y de las hecatombes. La guerra antigua fue algo es-

pantoso. Los heridos eran abandonados o rematados. El enemigo capturado era inmolado o reducido a esclavitud. La población de las ciudades que habían resistido era pasada a cuchillo, incluidos mujeres y niños. En el 332 antes de Jesucristo, cuando Alejandro Magno se apoderó de Tiro después de un difícil sitio, hizo colgar a todos los habitantes de horcas colocadas a lo largo de la playa hasta perderse de vista, frente a la vieja ciudad marítima. Grandes ciudades, como Cartago, Corinto y Numancia, fueron destruidas y borradas del mapa, mucho más eficazmente que Dresde o Coventry por los grandes bombardeos de la última guerra. Las únicas paces que se establecían, después de una conquista, eran paces de dominación.

Entre la batalla naval de Salamina (480 años antes de J. C.) —en la que los marinos griegos salvaron al Mediterráneo de un despotismo que, ya entonces, venía del Este— y la de Actium (31 años antes de J. C.) —en la que se remató la unidad del mundo mediterráneo— el “mar del centro de las tierras”, el “mar Interior”, como decían los romanos, fue ensangrentado por cuatro siglos y medio de guerras civiles o internacionales ininterrumpidas. Pero en este crisol de sufrimientos, en el que las almas aspiraban confusamente a algo distinto del paganismo, se elaboraba el imperio greco-romano que habría de servir de cuna al cristianismo.

Frente a estos horrores, ¿qué hizo la Iglesia, tan pronto como alcanzó lo que ahora se ha convenido en llamar, la era constantiniana?

No quiero abrumaros con la documentación elaborada en el curso de los siglos por sus teólogos y sus doctores. Pero por el tema que trato, me veo forzado a resumir en algunas frases lo que la Iglesia enseña sobre la guerra desde que salió de las catacumbas y que, de nuevo, lo acaba de repetir, simplemente en forma más desarrollada, en el capítulo V de la constitución pastoral “Gaudium et Spes”.

El Evangelio es un mensaje de amor y de paz. Para la Iglesia que ha recibido el depósito de éste, el precepto de paz (quede bien claro que hablo de la paz temporal, no de la paz interior que da Cristo a todo el que vive de su gracia) es de derecho natural y divino. “La voluntad cristiana de paz viene de Dios”, dice textualmente Pío XII en su mensaje de Navidad de 1948. Lo difícil está en definir el contenido de la palabra, pues Pío XII continúa en seguida: “El fin de la paz es la protección de los bienes de la humanidad, en cuanto bienes del Creador. Ahora bien, entre estos bienes hay algunos de tanta importancia para la humana convi-

vencia, que su defensa contra la injusta agresión es, sin duda, plenamente legítima”.

¡He ahí la gran palabra! Se la encuentra constantemente en el mismo mensaje, ora cuando Pío XII asegura que un pueblo amenazado o víctima ya de una injusta agresión, si quiere pensar y obrar cristianamente, no puede permanecer en una indiferencia pasiva”, ora también cuando él declara que “la voluntad cristiana de paz es de un temple muy distinto al del simple sentimiento de ... impresionabilidad, que no aborrece la guerra más que por sus horrores y atrocidades (irresistiblemente pensamos en los no-violentos), pero no también, añade el Papa, por su injusticia”.

“La paz no es la simple ausencia de la guerra, repetirá el Vaticano II, es obra de la justicia” (1). Previamente presupone y exige “el orden, la justicia, la armonía de las cosas”, declara Pablo VI en su último mensaje de Navidad. Dicho de otra forma, allí donde no hay justicia —hoy lo vemos con frecuencia— no puede haber paz.

Los pensadores cristianos, desde San Agustín hasta los padres del último Concilio, han buscado definir, cada uno para su tiempo, los criterios morales de la guerra legítima. Todo el mundo conoce esquemáticamente las tres condiciones puestas por Santo Tomás de Aquino: 1.º la guerra debe ser declarada por un Estado soberano calificado, lo que entonces excluía las guerras privadas feudales y hoy excluiría, sin duda, aquellas que conducen gobiernos clandestinos o núcleos de conspiradores en el exilio; 2.º no debe haber más solución que la guerra para satisfacer las exigencias de la justicia; 3.º hay que tener una intención recta, es decir, querer desde el fondo del corazón, sin odio, el bien final de una paz justa.

Pío XII exige, asimismo, que antes de lanzarse a una guerra no se encuentre otro medio de defenderse contra la injusticia, y aún pone como condición que los daños previsibles (atómicos, por ejemplo) no sobrepasen los de dicha injusticia, que entonces, más valdría sufrir.

El Vaticano II declara con fórmula lapidaria: “una vez agotados todos los recursos pacíficos de la diplomacia, no se podrá negar el derecho de legítima defensa a los gobiernos” (2).

(1) Párrafo 78, aparte 1 de “Gaudium et Spes”. La expresión “Opus justitiae pax” está tomada del profeta Isaías y Pío XII la había elegido como divisa (Alocución de Pablo VI a Pax Christi el 2 de noviembre de 1966).

(2) Párrafo 79, aparte 4, de “Gaudium et Spes”.

He ahí la ley. Pero en verdad, aun con riesgo de pareceros paradójico, pienso que estas consideraciones sobre la legitimidad de la guerra tienen menos importancia práctica que lo que la Iglesia enseña sobre la manera de hacerla.

Las responsabilidades formidables de aquellos que en el escalón supremo desencadenan las guerras y su cortejo de males pertenecen no al juicio de la historia —que no existe, pues sólo hay juicios de historiadores, más o menos deformados y limitados en su óptica—, sino al fuero interno y al solo juicio de Dios.

Ahora bien, aquellos que no creen en Dios como los comunistas, o que no tienen las mismas normas morales que nosotros como los musulmanes, o que no tienen ningún escrúpulo de conciencia como los maquiavélicos, no se verán estorbados en sus designios políticos por las enseñanzas doctrinales de la Iglesia, y sería imprudente por parte de un jefe político cristiano —imprudente en el sentido de faltar gravemente a la virtud de la prudencia— si no lo tuviese en cuenta.

En cuanto a los otros, es decir, los jefes de Estado suficientemente cristianos en principio para respetar las bases de la civilización, mil años de historia muestran que, en las guerras que se han hecho entre sí, a pesar de los incansantes arbitrajes pontificios, siempre han estado convencidos por la pasión del momento de que su causa era legítima.

Por ejemplo, cuando estalló la guerra franco-alemana de 1870, el Emperador Napoleón III y el Rey de Prusia Guillermo I lanzaron el mismo día, a sus respectivos ejércitos, proclamas que podría creerse que habían sido calcadas una de otra. Cada uno de ellos invoca el nombre del Señor y asegura que Dios estará con él.

Es por esto por lo que repito que al nivel del ejecutor, la forma de hacer la guerra sin tratar al otro, aunque fuera enemigo, como uno no quisiera ser tratado, tiene, en definitiva, más importancia que su justificación de principio ante Dios, lo que, en su hora, es difícil juzgar.

* * *

La Iglesia medieval lo había comprendido muy bien.

Ella no tenía más posibilidades de prohibir la guerra —como los utopistas lo sueñan aún hoy— que de abolir la esclavitud (de lo que Cristo jamás habló) o que de hacer promulgar la ley de las ocho horas. Estaba demasiado enraizada en lo real para no darse cuenta que la guerra, germinada en la tierra con el ase-

sinato de Abel por Caín, permanecerá sobre ella en la medida en que los hombres sigan siendo pecadores y continuará ensangrentando a la humanidad "hasta el retorno de Cristo", según la fuerte expresión que emplean en este punto y sin ilusiones los padres del segundo Concilio Vaticano (3).

La Iglesia, como tal, sólo puede influir indirectamente sobre lo temporal. Habiendo hecho todo lo posible para iluminar y formar la conciencia de los dirigentes según los principios que os he resumido, ella se ha aplicado, sobre todo, a humanizar la forma de hacer la guerra, y esencialmente a preservar de los golpes de los combatientes al tejido social formado por el pueblo de los no combatientes.

Llamo vuestra atención sobre esta distinción fundamental. Ella es la clave de la acción civilizadora de Occidente en el curso de los siglos. Ella se ha mostrado mucho más eficaz que las pomposas declaraciones demagógicas poniendo a la guerra "fuera de la ley" (4), como si también se pudiese poner al pecado original fuera de la ley. Durará, yo os lo demostraré, hasta la aparición de la guerra subversiva y la segunda guerra mundial exclusivamente.

En el siglo x, uno de los más salvajes que la cristiandad haya conocido, la Iglesia instituye la "paz de Dios", que prohíbe hacer violencia a las mujeres, a los labriegos y a todos aquellos que se hayan refugiado en un lugar de culto o en una tierra eclesiástica, frecuentemente señaladas por cruces de piedra, cuyos vestigios están esparcidos aún por nuestros campos. Se trata del embrión de lo que acabo de hablaros.

Sabéis que entonces, al lado de un puro bandidaje, hay incasantes guerras entre señores feudales vecinos. La Iglesia, para reducirlos poco a poco, prohíbe en el siglo siguiente, por lo que llama la "tregua de Dios", todo acto de guerra desde el primer domingo de Adviento hasta la Epifanía, y desde el miércoles de ceniza hasta la Ascensión y, además, todos los fines de semana desde la tarde del miércoles hasta la mañana del lunes, en memoria de la pasión y de la resurrección de Cristo. Esto representa alrededor de las dos terceras partes del año.

De esta forma los combatiente oscurantistas de la era constantiniana, en principio, sólo podían matarse un día cada tres. Desde entonces, ya lo véis, el progreso ha pasado por ahí.

Esto no es todo. Los prisioneros ya no son condenados a

(3) "Gaudium et Spes", párrafo 78, aparte 6.

(4) Por ejemplo, el Pacto Briand-Kellog de 1928.

muerte o esclavizados como antaño. Se les redime mediante un rescate limitado al 50 por 100 de la renta anual del cautivo. El uso de un arma nueva, la ballesta, es prohibida entre cristianos por ser juzgada demasiado cruel. En fin, la Iglesia busca moralizar la guerra instituyendo la caballería.

Quitar la vida a una criatura de Dios es un acto grave. Para que no se cometa en el desprecio del Decálogo y en el odio —pues ahí es en donde está el pecado (5) y no en el cumplimiento de lo que aparece como un deber—, la Iglesia intenta desarrollar el sentido moral de los que tienen el temible honor de llevar armas. El *armar* a un caballero durante una misa de comunión es un sacramental en el que se compromete mediante juramento a mostrarse valiente, audaz, leal y a proteger al pueblo no combatiente.

La necesidad para el militar de un mínimo de sentido moral —necesidad de principio, porque desgraciadamente demasiado a menudo quedaba ofuscado por la pasión —aparecía tan evidente a la cristiandad medieval que la institución en el Islam de un cuerpo de “matadores”, los genizaros, formados por antiguos esclavos que no tenían la moral de empleo de las armas correspondiente a su eficacia técnica, escandalizó a los caballeros cruzados. A sus ojos era algo así como si hoy se confundiesen *barbouzes* y oficiales.

Porque el militar es una cosa bien distinta del profesional de la fuerza. Continuator directo de los antiguos caballeros, es, primeramente, aquel que de una vez para siempre ha hecho el sacrificio de su vida para proteger a sus semejantes o defender los valores que encarnan. Pensando, quizá, en la Epístola de San Juan, que recomienda dar la vida por sus hermanos (6), San Gregorio Nacianceno, Padre de la Iglesia, escribió que “si el orden sacerdotal es el más santo de todos, el militar es el más excelente” (7).

* * *

Ya que la palabra cruzada ha aparecido en mi exposición, considero necesario decirlo que moral y estratégicamente han sido, puesto que ahora se ha hecho de ellas casi una injuria para la Iglesia y para nuestros antepasados en la fe.

(5) El Apóstol San Juan ha escrito en su Epístola: “Todo el que aborrece a su hermano es homicida.”

(6) Primera Epístola de San Juan, 3, II, 16.

(7) Citado por el General Perre en *La guerre et ses mutations*.

En primer lugar, quiero recordar que el ataque deliberado del naciente Islam contra la cristiandad mediterránea, en el siglo VIII, corresponde exactamente al caso de "injusta agresión" que, según Pío XII, en la cita que precedentemente he hecho, no permitiría a quien quisiera permanecer cristiano, una "indiferencia pasiva". Es, incluso, uno de los raros casos de la historia en donde la agresión ha sido completamente manifiesta y unilateral.

En efecto, cuando los países cristianos vivían en paz sin pedir nada a nadie, los árabes musulmanes, ya lo sabéis, invadieron y convirtieron a la fuerza a las comunidades cristianas de Africa, atacaron a la cristiandad oriental bizantina y sumergieron los dos tercios de la Península Ibérica.

¿Consistirá la caridad en abandonar a sus hermanos en la fe si se les ve perseguidos y se tiene medios de defenderlos?

La reacción cristiana se desarrolló según las costumbres de entonces, a las que no se puede juzgar con la mentalidad de hoy, igual que no se podrá comprender dentro solamente de cien años la tortura moral en que nos bañamos. La cruzada comenzó en España, tierra cristiana desde Santiago, y cuya reconquista exigiría siete siglos. Se prosiguió en Oriente mediante una sucesión de expediciones militares. Como en toda obra humana, es evidente que la cizaña se mezcló con el buen grano, el espíritu de sacrificio con la lucha de intereses. La cruz cubrió violencias no siempre justificadas. ¿Quién cree que nuestra crítica época sea menos hipócrita, menos mercantil y menos violenta para las almas?

"Nolite ante tempus judicare", dice San Pablo: no os apresuréis a juzgar. No juzguéis antes de tiempo. Dios, que de lo mediocre y del mal saca bien, a menudo hace producir a nuestros actos consecuencias infinitamente mayores que las vulgares intenciones que habíamos tenido. Si para considerar el desarrollo de la historia tomáis un poco de perspectiva, veréis, para tomar un ejemplo contemporáneo, que las cruzadas tuvieron, en mucho mayor escala, un efecto estratégico comparable al de la actual intervención americana en el Vietnam.

Voy a explicarlo.

Hace dos o tres años la ola comunista soviética o china amenazaba con recubrir todo el sudeste asiático y una buena parte de Africa. La subversión parecía tener ganada la partida en el tercer mundo. La intervención americana en el Vietnam del Sur, como réplica a la agresión terrorista de Vietnam del Norte, lo detuvo todo y continúa protegiendo indirectamente a Europa al jugar el papel de un absceso de fijación.

La acción de las cruzadas con respecto al Islam fue de otra manera. Durante doscientos años, algunos millares de caballeros, apoyados por otros tantos infantes, no más, fijaron a domicilio, entre cada dos expediciones, a los ejércitos musulmanes. Los cruzados, al hacer esto, favorecieron la reconquista cristiana de España, permitieron la formación de flotas cristianas que debían detener en Lepanto al Islam siempre agresivo, retardaron con su diversión la invasión musulmana de los Balcanes y, en definitiva, protegieron a la cuna de la cristiandad.

Es injusto criticar las rebabas de una obra y guardar silencio sobre lo esencial.

* * *

Al desarrollar mi comparación os he hablado del tercer mundo, y esto me lleva de paso a evocar la expansión colonial, es decir, el desbordamiento a ultramar de la Europa cristiana, que, en la medida en que revistió una forma guerrera, hirió, sin duda, a la ley natural.

Remitiéndome a los libros que ya he publicado, uno de los cuales, muy reciente, trata de las condiciones desordenadas, en las que, a mi entender, Occidente ha arrojado a sus hijos en el caos mundial actual, en lugar de completar su educación antes de emanciparlos, no puedo daros aquí, dado el tema que he de tratar, sino, de pasada, dos ideas directrices.

1.^a Cada vieja nación acarreó a ultramar lo que llevaba en sí, lo bueno como lo malo (a menudo más lo malo que lo bueno, por ejemplo las ideas revolucionarias...), y todo esto se abatió a granel sobre países que, por su pasado, no habían tenido tiempo de estar inmunizados.

Lamentar hoy que esta oleada no haya sido más pura es volver a lamentar que nosotros no seamos mejores. Lamento justificado, pero que sólo se aplica a la colonización, lo que hace temer que la era negociante y materialista de la cooperación, que acaba de abrirse, no engendre a su término peores efectos: precisamente el Papa Pablo VI acaba de denunciarlos vigorosamente en su Encíclica sobre el "progreso de los pueblos" del pasado martes 28 de marzo.

El historiador español Oviedo, al hablar de la difícil colonización de la Española (Haití), la bella isla descubierta por Colón en su segundo viaje, escribe que su primer gobernador habría debido ser "angélico y sobrehumano". Se podría decir casi otro

tanto de todos los jefes políticos, coloniales o no. Pero no vivimos en un mundo desencarnado.

2.^a Puesto que no somos puros espíritus, la obra de evangelización no era posible sin la utilización o el apoyo de estructuras temporales.

Si hoy, o más exactamente, si ayer (pues la situación ha cambiado), los misioneros podían arriesgarse aisladamente en la espesura de la selva sin ser devorados como los quince que San Vicente de Paúl envió un día, completamente solos, a Madagascar, es porque Occidente *montaba la guardia*.

Excepto en la vieja Asia, la civilización se extendió por el mundo gracias a la colonización y a nada más. Después de los primeros conquistadores se propagó mucho más por la negociación y los pequeños regalos —por ejemplo, los “abalorios” ofrecidos a los negros de Africa (8)— que por la guerra. En todo caso, ésta jamás revistió forma subversiva. No se destruía sistemáticamente —al menos en la colonización católica— los valores y los cuadros que dan cohesión a una sociedad cualquiera, aun cuando una vez hecha la paz los colonizados iban con agrado a la escuela de la civilización, igual, por ejemplo, que nuestros antepasados galos iban a la de los romanos.

Lo que ha corrompido la historia militar del mundo y gangrenado la civilización es la forma destructiva de la sociedad que la guerra ha tomado a partir de los atentados terroristas que provocaron, hace treinta y un años, la contrarrevolución española y de lo cual os voy a hablar ahora.

* * *

En 1914 existía un documento internacional fundamental sobre la manera de hacer la guerra: las convenciones de La Haya (1899-1907). Eran obra de una civilización laicista, pero nutrida aún por savia cristiana. No hacían otra cosa que codificar la acción llevada a cabo por la Iglesia desde la Edad Media para humanizar la guerra mediante la distinción, de que os he hablado, entre combatientes y no combatientes.

En virtud de este acuerdo, suscrito por todas las naciones civilizadas, las milicias no eran toleradas al lado de los ejércitos regulares más que si, como éstos, llevaban un “signo distintivo reconocible a distancia” y si “llevaban las armas ostensiblemente”;

(8) La demostración ha sido hecha por Pierre Barnes, director de la revista *Le mois en Afrique*, editada en Dakar, en el número de diciembre de 1966.

lo que eliminaba a los combatientes sin uniforme, como gustan de decir hoy, y prohibía de antemano los asesinatos cometidos en el metro o en la calle por un paseante, aparentemente inofensivo, que repentinamente saca una pistola del bolsillo.

La guerra debía ser leal y sin odio. No se tenía derecho a “matar o herir traicioneramente a individuos pertenecientes a la nación o al ejército enemigo”, ni molestar a un prisionero que se hubiera rendido. Los ejércitos en operaciones debían respetar “el honor y los derechos de la familia, la vida de los no combatientes, la propiedad privada” y, en caso de ocupación de un país adversario, “asegurar el orden con el respeto a las leyes en vigor”.

El mismo espía era definido y diferenciado del militar como no operando de uniforme. Podía mirar y observar, pero sin buscar hacer daño mediante atentados y sabotajes. Gracias a lo cual, si era cogido, tenía derecho a ser juzgado por un consejo de guerra, en lugar de ser ejecutado sin juicio.

No hay que creer que todo esto era folklore en 1914. Como los caballeros de antaño, nosotros, los oficiales de la Gran Guerra, estábamos nutridos por estas ideas. Personalmente tal vez he desembarcado un centenar de veces en país enemigo con misión nocturna de información y he tomado los contactos más escabrosos, pero siempre de uniforme.

El artículo 26 de la convención de 1829 obligaba al mando —fuera evidentemente de las zonas de frente— a no emprender el bombardeo de una ciudad —sólo se trataba entonces de bombardeo con cañón— más que después de haber prevenido a las autoridades locales.

Os sonreís, pues os voy a divertir aún más.

En 1915, yo era segundo oficial de tiro de un buen crucero-acorazado, a bordo del cual, después de haber participado en la expedición a los Dardanelos, operábamos sobre las enemigas costas otomanas de Siria y Palestina. De vez en cuando, el mando nos fijaba un objetivo militar en el litoral que deberíamos destruir con cañón y que se encontraba, a menudo, en plena ciudad, asignándonos, generosamente, diez disparos para cada uno, ya que era necesario ahorrar municiones.

La costa estaba poblada por cristianos o musulmanes simpatizantes, en todo caso por no combatientes, a los que, de acuerdo con el Derecho internacional, no queríamos hacer ningún daño. Teníamos la presunción de no colocar jamás un cañonazo fuera del objetivo, lo cual nos valía una reputación de justicia caballeresca de la que Francia, heredera espiritual de los antiguos cruzados, era la primera en aprovecharse.

Un día nos acercamos a algunos kilómetros a la altura de Jafa con la misión de destruir con diez disparos, como de costumbre, a un vasto depósito de municiones o almacén militar, ya no me acuerdo, que apenas sobresalía en medio de los techos planos de las terrazas de la aglomeración. De acuerdo con la convención de La Haya, una de nuestras embarcaciones, enarbolando pabellón blanco de parlamentario, fue a tierra a llevar un pliego anunciando que el edificio sería bombardeado dentro de un hora, con objeto de que la población tuviese tiempo de apartarse de él.

Ahora bien, para nuestra estupefacción, mientras adoptábamos las medidas acostumbradas para el tiro, apercebimos, mediante nuestros potentes aparatos ópticos, cómo se poblaban de curiosos las terrazas que rodeaban al objetivo a una distancia de apenas doscientos o trescientos metros de él. Aprovechando la ganga, unos vendedores de café instalaron allí sus mesitas y sus narguiles bajo parasoles, pues era pleno mediodía. La población tiene tal confianza en la lealtad —y también en la habilidad— del enemigo que acude y se amontona como en un espectáculo. Hay que decir que, al primer tiro, muchos se largaron sorprendidos por el rebufo de la explosión.

He ahí cómo se hacía la guerra cuando comencé la carrera... Medid la evolución recorrida.

De 1914 a 1918, en el frente terrestre, en general, solamente se combatió entre militares de uniforme y por objetivos de interés militar, sin buscar sistemáticamente perjudicar a los no combatientes (9). Si a veces a éstos les alcanzaban salpicaduras, no se hacía con intención.

En la mar, la guerra submarina alemana contra las comunicaciones marítimas aliadas se oponía al bloqueo alimenticio e industrial que los aliados mantenían con sus navíos de superficie a lo largo de las costas alemanas. El bloqueo alimenticio afectaba tanto a los civiles como a los militares. La guerra submarina alcanzaba tanto a los buques, beligerantes o neutrales, como a los pasajeros civiles que, por cierto, hubiesen podido renunciar a navegar en estas condiciones.

Pero si ambos sistemas parecían mezclar a combatientes y

(9) Sin duda la "gran Bertha", cañón alemán que tiró sobre París, constituye, con otros casos, una excepción. Pero ¿hasta qué punto la capital francesa era una ciudad de la retaguardia o una ciudad del frente? Lo que no impide que fuese el anuncio de una evolución.

no combatientes era debido mucho más a no poder distinguirlos que a voluntad deliberada de tratarlos de la misma manera.

* * *

Desde este punto de vista, la guerra de 1939 ha sido completamente diferente.

Se puede decir que dos nuevas técnicas han alterado profundamente el espíritu de combatientes y no combatientes: por una parte, la guerra subversiva y, por la otra, el bombardeo sistemático de los no combatientes. No hablo de la operación premeditada de aniquilación de los judíos, acto de loca barbarie que no tiene ninguna relación con la guerra y que, además, muy bien habría podido desarrollarse fuera de ella.

A la guerra subversiva se la llama así porque va contra las leyes morales que permiten a los hombres vivir en sociedad como su naturaleza lo quiere. Siempre ha existido en estado esporádico. Pero sólo en nuestros días, gracias al comunismo, ha sido elevado a sistema y, favorecido por la segunda guerra mundial, se ha repartido por el planeta. Por ella, la guerra pasó, si es posible decirlo, del plano de los cuerpos al de las almas.

La guerra subversiva se caracteriza por una perversión, igual y fatal, del fin y de los medios.

El fin no es, como antes, la defensa de una frontera, la ocupación de una provincia disputada, la obtención de una ventaja económica... No. Es derribar por la violencia el régimen que tiene el adversario e instalar otro que encarne la ideología por la que se combate, que se dice más democrática. Los medios son el martillo cerebral por radio, los atentados, los sabotajes, los asesinatos ordenados en la sombra por anónimos e irresponsables que, lo más frecuentemente, caen sobre víctimas inocentes provocando la escalada de injustas represalias o de indignas torturas, haciendo perder la cabeza a los mantenedores del orden y preparando en definitiva al pueblo, cansado por tal laminaje, a aceptar cualquier servidumbre (10).

(10) Me limito a señalar la evolución histórica de la forma de las guerras desde hace veinticinco años, sin de ninguna manera pretender juzgar aquí los casos de conciencia que planteó bajo la ocupación alemana o en Argelia y que aún ahora plantea a los oficiales. Para responder a las preguntas que a menudo me han sido dirigidas creo que el oficial debe inspirarse en dos ideas claves: respeto de todos los valores de la civilización y respeto de la unidad del todo del cual se forma parte.

Un ejemplo de actualidad: en el Vietnam del Sur, los combatientes del Vietcong se mezclan con los no combatientes para golpear a sus adversarios y en seguida eclipsarse en la masa, provocando reacciones ciegas u obligando al enemigo a comprar conciencias para lograr informarse. ¿Qué sociedad podría resistir moralmente esta gangrena? En su Encíclica "Mense Maio" del 20 de abril de 1965, el Papa Pablo VI ha protestado nuevamente, en nombre, dice, de la civilización cristiana contra los actos de guerrilla y terrorismo, la captura de rehenes y todo lo que sigue. El bombardeo sistemático de las aglomeraciones urbanas comenzó después del armisticio franco-alemán de junio de 1940. Hasta ese momento los beligerantes, en principio, sólo habían atacado objetivos militares. A continuación los golpes se fueron desviando poco a poco.

En Francia hemos recibido muchos sin que haya habido discriminación entre militares ocupantes y civiles ocupados, como nosotros intentábamos hacer antiguamente, en Jafa, por ejemplo. Yo bien sé que en las guerras contra las fábricas las distinciones son difíciles, pero casi no se esforzaron en ello. En Inglaterra murieron 62.000 civiles. El bombardeo terrorista de las ciudades alemanas, incluso sin ningún interés industrial, tomó una amplitud jamás alcanzada antes: 55.000 muertos en Colonia, 50.000 en Hamburgo, más de 100.000 en Dresde en una sola noche. Por último, las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki han dado a la guerra moderna una dimensión inhumana.

Ya en la Navidad de 1942, en una época en la que aún se estaba lejos de haber alcanzado este paroxismo, Pío XII había declarado: "Los acuerdos internacionales para hacer menos inhumana la guerra, limitándola a los combatientes..., han sido letra muerta en distintos países."

Ahí tenemos la clave del drama, el signo cierto del retroceso de los tiempos.

Impresionados aún por estos bombardeos y temiendo la amplitud desmesurada de aquellos con los que hoy recíprocamente se amenazan, los padres del último Concilio han calificado de "crimen contra Dios" a "toda acción bélica que tiende indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes" (11).

Aunque en apariencia sea menos masivamente sangrienta, la guerra subversiva es más perversa que los bombardeos terroristas, pues —repito— degrada las virtudes de lealtad, confianza

(11) "Gaudium et Spes". Aparte 80, párrafo 4.

recíproca y franqueza, que han sido puestas por Dios en nuestra naturaleza para, mediante el dominio de nuestras pasiones, permitirnos vivir en sociedad. Una vez dicho esto, queda claro que, frente a la ley natural, los dos nuevos procedimientos de guerra (e incluso otros como la guerra bacteriológica) son igualmente condenables, pues atacan sin discriminación y destruyen sistemáticamente, uno físicamente y otro moralmente, al tejido social que forma el género humano, cumbre de la creación divina.

Voy a resumir lo dicho y a concluir con algunas evidencias, agrupadas en cuatro rúbricas, aptas para ayudaros en las opciones de todos los días:

1.^a La paz. La ley natural es la paz. La guerra no ha venido al mundo más que por el pecado. Todo cristiano debe ser un agente activo de paz luchando contra sus efectos.

Pero la paz temporal solamente es la ausencia de tiros de fusil. Es, nos dice Pablo VI, "un bien que se deriva de otros efectos" (12). Se debe merecer y amar como un don de Dios, no como un ídolo por encima del cual no habría nada.

Es preciso, por tanto, no dejarse arrastrar por las correas de transmisión del comunismo internacional, que, bajo color de pacifismo, busca mucho más desarmar a sus adversarios que hacer reinar la justicia tal como la concibe una conciencia cristiana o, incluso, simplemente civilizada. El Movimiento Mundial de la Paz, las asociaciones que de la no violencia hacen un absoluto, y muchos otros grupos ambiguos deben clasificarse entre estas correas de transmisión.

No olvidemos que el término de coexistencia pacífica fue empleado, por primera vez, por Stalin en el XIX congreso del partido comunista, y únicamente, por táctica, para adormecer al antagonista americano del que, entonces, tenía la supremacía atómica.

2.^a El problema del desarme:

Para impedir la violencia internacional bastaría, en principio, suprimir, o al menos limitar, los armamentos que cada potencia acumula y construye por miedo a sus vecinos.

Pero por haber estado personalmente metido en ellas, he comprobado que, en las innumerables conferencias de desarme, reunidas en Ginebra o en otra parte desde 1920 y que siguen sin cesar, cada uno pensaba mucho más en disminuir los medios de los demás que en desarmarse uno mismo.

"Los hombres no llegan a entenderse, ha dicho el Papa

(12) Mensaje de Navidad de 1966.

Juan XXIII, por falta de confianza recíproca... La confianza recíproca no puede nacer y consolidarse sino con el reconocimiento y con el respeto del orden moral... Pero el orden moral no se sostiene sino en Dios" (13).

Dicho de otra forma, es difícil que sin una moral común unos y otros tengan suficiente confianza mutua como para desarmarse.

Para Pío XII, a falta de esta moral común, la prueba de la recta intención sería la aceptación de un control internacional: "Aceptar el control: he ahí el punto crucial a superar, en que toda nación mostrará su sincera voluntad de paz."

Ahora bien, por el momento, nadie, y los comunistas menos aún que los otros, acepta un control de sus armamentos, de sus fábricas atómicas o químicas y de sus laboratorios bacteriológicos.

El jefe político cristiano que, en estas condiciones, aceptase el desarme unilateralmente, faltaría gravemente a su deber y a la caridad que debe a sus compatriotas.

3.^a A pesar del riesgo, algunos dicen. "Tanto peor. A pesar de todo desarmémonos y aceptemos el martirio." Estaría muy tentado de responder "de acuerdo" si se preparase a las masas por la ascesis, la penitencia, la mortificación y el espíritu de sacrificio, pero hoy todo eso está desechado y casi no se habla más que de desarrollo humano, en un confort material cada vez más muelle. Basta considerar lo que ocurre en Francia desde hace veinticinco años para presentir lo que pasará y lo que, por ejemplo, ya le pasó al imperio bizantino al buscar su confort en las ciudades y preferir las controversias políticas al rudo oficio de las armas y ser, en definitiva, barrido por el Islam. Si no temiese la audacia de la imagen diría que el viento de la historia impide que las veletas oigan, al igual que el Apóstol San Pedro el canto bienhechor del gallo.

También se dice. "Desarmémonos, y en caso de agresión echémonos al monte". Con ello se *cometería una tontería*, pues para defender a la sociedad se emplearía el sistema de guerra más propio para pervertirla. Además, históricamente vemos que no deciden una guerra unos cuantos grupos de partisanos, bien sean los "camisards" del siglo XVII o los maquis de la última guerra, sino que, si se sabe dar un alma a los combatientes, son siempre los ejércitos regulares los que se llevan la decisión, aunque también es cierto que, en nuestra época, con la condición de que se les sepa preservar de las toxinas de la opinión.

(13) Encíclica "Mater et Magistra", párrafos 204 a 209.

Entonces el hombre de la calle objeta: "Está bien. Conservemos algunas armas. Ahora bien, la bomba atómica cuesta muy cara, y en lugar de fabricarla edifiquemos escuelas o demos de comer al tercer mundo."

Sin duda, esto sería mucho mejor. Pero desgraciadamente no se trata de elegir entre bombas atómicas o escuelas. Sería demasiado simple. La opción es entre defensa nacional o no, o, más exactamente, entre defensa de la civilización o no, pues lo que militarmente se ventila en el próximo conflicto (cuyos preludios ya percibimos) se encuentra a este nivel.

Abandonar la civilización sin defenderla sería una traición a la ley natural, una cobardía indigna de nuestra fe y una falta de caridad con nuestros sucesores en el planeta.

Saber si para esto es necesario fabricar, con igual gasto, submarinos, carros de combate o bombas atómicas, corresponde a los engranajes competentes del Estado, que, evidentemente, pueden equivocarse, sobre todo si el orgullo extravía el juicio, pero, *a priori*, no más que aquellos que los critican sin conocer el conjunto de los datos y haciendo de la crítica un sistema.

Al igual que la *lengua de Esopo* o el cuchillo de cocina, el valor moral de un arma depende del uso que se haga de ella. La mayor parte de las armas (por ejemplo, la ballesta, la pólvora y el cañón rayado) fueron calificadas de inmorales cuando aparecieron a causa de su momentánea eficacia. Lo que en la bomba atómica es inmoral no es su naturaleza, si se llega, como es probable, a reducir bastante sus efectos al limitarlos a objetivos militares precisos, sino el uso que amenazan hacer de ella, utilizándola para achicharrar, indistintamente y de una sola vez, a todos los habitantes de una gran ciudad o una provincia.

Pero incluso si se está decidido *in petto* a no utilizar el arma atómica a esta escala, para renunciar al efecto de disuasión que, aún ahora, nos protege indirectamente, será necesario —siempre vuelve uno a lo mismo— un acuerdo general como antes de la era de la revolución comunista. Todo lo que la opinión puede exigir en el estado actual de la cuestión es que las decisiones supremas, meditadas más con el espíritu de San Luis que con el de Maquiavelo, se inspiren tanto de los datos morales del problema como de su aspecto estratégico.

Lo que sí es seguro —y atraigo vuestra atención sobre este punto— es que abandonando los medios de guerra clásica en beneficio únicamente de los medios atómicos en gran escala, uno mismo se condena a desencadenar la escalada termonuclear si un día quiere defenderse.

4.^a Para tranquilidad de la conciencia —el Papa nos da ejemplo— no debe descuidarse ningún procedimiento internacional para, de común acuerdo, tratar de reducir los armamentos, atómicos o no; para humanizar la guerra, igual que la Iglesia lo logró antiguamente, limitando, detalle a detalle, los daños que ocasiona en el tejido social de los no combatientes; para, por lo menos, prohibir procedimientos, como la guerra microbiana, capaces de devastar la especie humana tan radicalmente como la mixomatosis lo hace con los conejos.

Pero sólo es viable un acuerdo a escala planetaria si, por todos, es admitido el denominador común entre los hombres, que es la ley natural.

Con lo que pasa por el mundo y después de esta serie de conferencias sabéis que no estamos en ese caso.

Por tanto, con la espalda contra la pared no tenemos elección.

La manera de hacer la guerra no es más que una de las formas, de las expresiones de una civilización:

— o la civilización dominante, es decir, la nuestra, volverá a encontrar bases más cristianas, estrechará su unión y será bastante fuerte, material y moralmente, para hacerse respetar y respetarse a sí misma y a lo que representa;

— o la humanidad volverá a la barbarie de antes de la era cristiana, de la que os hablé al comienzo de esta conferencia.